

Reconfiguración rural-urbana en la zona henequenera de Yucatán

Othón Baños

Introducción

AÑOS ATRÁS, ANÍBAL QUIJANO señaló que en la investigación sobre el proceso de urbanización en América Latina una de las áreas relativamente descuidadas era aquella de las modificaciones en las relaciones entre lo urbano y lo rural y las tendencias de cambio en la sociedad rural misma, que pueden ser vinculadas al proceso de urbanización (Quijano, 1975:42).

Para algunas regiones de México, como es el caso de Yucatán, esta observación sigue siendo válida. Aunque no se ignore lo señalado por Redfield de que las comunidades campesinas (*folk*) de la península de algún modo han formado parte de un sistema mayor y han recibido la influencia *cultural* de las urbes, según se encontraran cerca de éstas, o distantes, metidas en el monte (Redfield, 1941). O, como señalara Strickon a mediados de la década del sesenta, según el grado de desarrollo alcanzado por estas comunidades, históricamente variable y no necesariamente espacial (lineal), como sugiere el *continuum* folk-urbano redfiliano.

En términos generales, las investigaciones casi siempre se concentran en el marco específico de la sociedad urbana (Castilla, 1984; Bolio, 1991; Fuentes, 1992) o en la sociedad rural (Villanueva, 1984; Macossay y Castillo, 1986 y Quesnel y Lerner, 1989), pero pocas veces privilegian la relación campo-ciudad. Fundamentalmente se ha dejado de ver que muchas de las tendencias de cambio rural parecen guardar una muy estrecha relación con factores propios del proceso de urbanización.¹ En-

¹ No quieren reconocer que las bases agrarias de estas comunidades henequeneras están completamente trastocadas y por lo mismo ahora son satélites no sólo culturales sino económicos y sociales de la ciudad. Continuar hablando de comunidades campesinas que ya no lo son del todo es un desacierto teórico, pero no sólo eso, en el terreno de la práctica puede tener consecuencias negativas para el desarrollo nacional.

tendida ésta no como el mero predominio de la población urbana sobre aquella rural, sino como un proceso de cambio hegemonizado por la economía, la política y la cultura de las ciudades. Así, el proceso de urbanización significa, entre otras cosas, que las relaciones entre lo rural y lo urbano se han alterado o se están alterando activamente, tanto como consecuencia de los cambios en el plano urbano, y como consecuencia de los cambios en el plano rural (Quijano, 1975:43).

Nuestro punto de partida es la existencia de una masa de trabajadores henequeneros pauperizados que, al tratar de superar esa situación, se vuelcan hacia la ciudad. Se trata del lastimoso saldo social de una larga crisis en el cultivo e industrialización del agave controlado y subsidiado por el Estado (Vera, 1984; Macossay, 1988 y Villanueva, 1990). A partir del enfoque neoliberal del gobierno del presidente Salinas, se suprimieron los subsidios, se disolvieron los ejidos colectivos y se privatizó la industria.² Esto precipitó la ruina de cerca de 40 mil ejidatarios, y la mayor parte de las comunidades henequeneras carecen hoy de dinámica propia, de recursos y de actividades suficientemente remuneradas para asegurar la sobrevivencia de las familias. Por esto mismo, Mérida —corazón de la región— se ha venido agrandando enormemente en cuanto foco de atracción para dicha fuerza laboral.

Por su importancia central en la dinámica económica del conjunto regional, pensamos que el término más adecuado para Mérida es el de metrópoli y para su relación multidimensional con la zona henequenera el de región metropolitana. Conviene señalar que ya antes Mérida había sido reconocida como una zona metropolitana, pero con un criterio que ahora ya resulta restringido (Negrete y Salazar, 1986). Algunos consideran que

frente a otras posibles clases de delimitación urbana, la zona metropolitana es la forma más sencilla y práctica de referirse a una ciudad grande cuyos límites han rebasado los de la unidad político-administrativa que originalmente contenía, ya que ésta se integra con municipios completos (Negrete y Salazar, 1986:98).

Para nosotros, siguiendo a Castells (1978:32), la región metropolitana, en tanto forma de control de organización del espacio, disminuye

² El 8 de mayo de 1992, durante una visita presidencial, el gobierno anunció que se retiraba de la actividad henequenera; 39 327 ejidatarios fueron indemnizados (los menores de 50 años, y jubilados anticipadamente los mayores de esa edad) (*Diario de Yucatán*, 26 de mayo de 1992). En 1990 les habían sido entregadas una parcela de henequén de dos hectáreas en promedio, de las cuales la mayoría está arruinada.

la importancia del medio físico en la determinación del sistema de relaciones funcionales y sociales, anula la distinción entre rural y urbano y coloca en el primer plano de la dinámica espacio-sociedad la coyuntura histórica de las relaciones que la fundamentan.

En este trabajo nos interesa señalar que los espacios rurales de la región henequenera se han ido sumando funcionalmente a la ciudad. Procuraremos mostrar que el alcance metropolitano de Mérida se extiende no tanto por el vigor de su economía sino por la pobreza extrema de los trabajadores rurales.³ Cabe señalar de inmediato que se trata de una primera aproximación de una investigación más amplia que está en marcha. Por ahora se ha privilegiado el análisis de los datos censales de población de 1990. Nuestra aproximación se complementa con la información relativa a la ocupación y la organización de las unidades familiares, contenida en una encuesta que se realizó a fines de 1991.

Urbanización de la economía regional

Yucatán ha sido una región eminentemente agrícola, sin minerales o metales preciosos; y queda claro que no formó parte de las regiones ricas durante la Colonia. Durante el porfiriato, a pesar del auge henequenero, se mantuvo relativamente aislada del resto del país. Tampoco logró constituirse en un foco de industrialización en la década de los cuarenta, como Jalisco o Nuevo León. De esta suerte, la distribución espacial de su población ha respondido sobre todo al desarrollo de su agricultura, tanto la tradicional como la de exportación.

Empero, está muy lejos de ser una zona agrícola próspera como Sinaloa o Sonora, por ejemplo. Aquí las actividades agrícolas comerciales más importantes son el henequén y los cítricos. La industria henequenera, durante mucho tiempo controlada por el Estado, ha venido de más a menos (Macossay, 1988 y Baños, 1989) y en la actualidad sufre un proceso de reprivatización. Por su parte, la citricultura vivió un periodo de repunte en la década del ochenta, al iniciar la exportación de jugo concentrado de naranja hacia Estados Unidos (Eastmond, 1992), pero en los últimos dos años los precios del concentrado se han mantenido a la baja y esto ha acarreado serios problemas a la actividad.

³ La influencia ideológica de la ciudad en la vida cotidiana de la región, a través de los medios masivos de comunicación, especialmente de la televisión, es creciente. Pero el factor que parece tener más peso en las tendencias de cambio en ese ámbito rural es el económico, por la quiebra de la agricultura del sector ejidal.

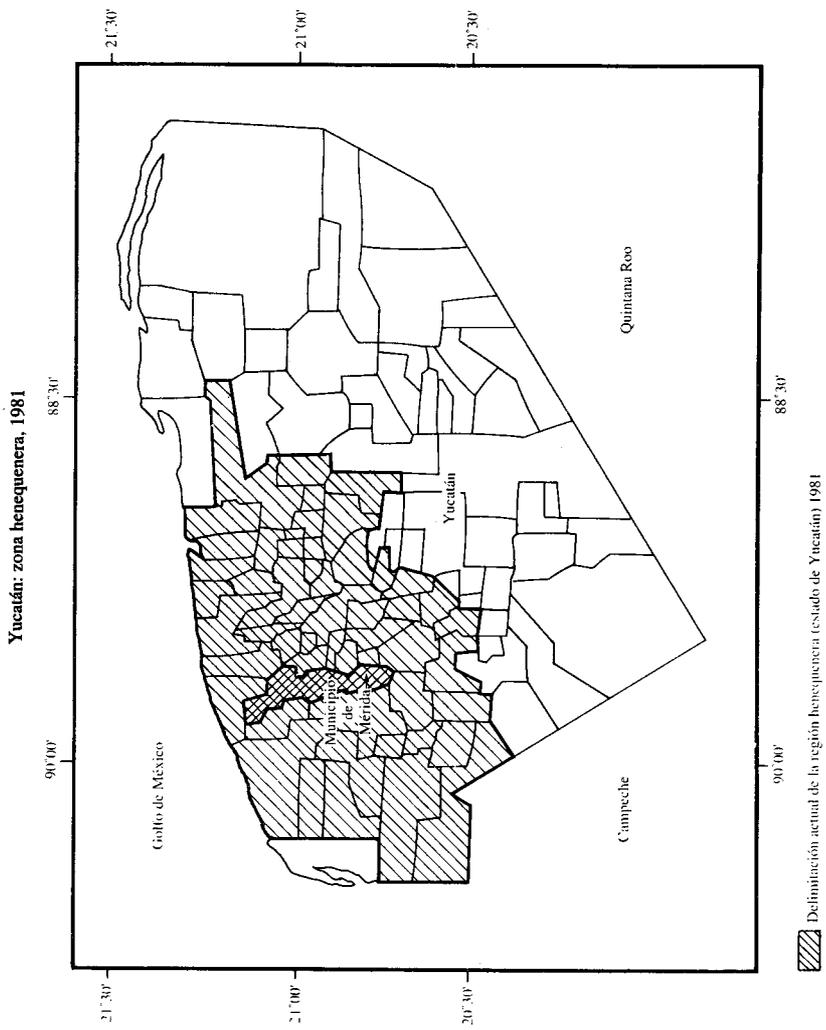
En términos de empleos generados, la industrialización yucateca ha sido pobre (Ramírez, 1991:83) mientras la urbanización ha ganado terreno en todos los órdenes; integra la urbanización creciente en el país que, como señala Aguilar Camín, es un fenómeno más amplio que la simple aglomeración salvaje en tres o cuatro centros gigantescos de población rodeados por una sociedad tradicional. En las entrañas del cambio demográfico sufrido en México, el último cuarto de siglo ha visto cumplirse también una revolución cultural silenciosa: la implantación de un refinado aparato de comunicación masiva, cuyo personaje estelar es la televisión (Aguilar Camín, 1991:244). Por ahora no analizaremos este aspecto ideológico del proceso.

En 1990 la población total de Yucatán ascendía a 1 363 540 habitantes, de los cuales 557 340 (40.9%) vivían en la ciudad de Mérida; otras ocho pequeñas ciudades concentraban 20.7% de la población, mientras que el resto, 38.4%, se distribuía en los restantes 97 municipios. Esto es, desde el punto de vista ecológico-demográfico, dos terceras partes de la población total de la entidad es urbana.

La zona henequenera yucateca se localiza en la parte noroccidental del estado y se extiende sobre 58 municipios abarcando una superficie de 1 119 000 hectáreas (véase mapa). En 1980 concentró 74.7% de la población total de la entidad, es decir 773 779 habitantes de los cuales 53% se ubicaban en la ciudad de Mérida; una década más tarde su peso relativo disminuyó a 71.6% (977 238 habitantes de un total de 1 362 940), pero el peso relativo de la ciudad de Mérida dentro de la zona aumentó a 57 por ciento.

Cabe aclarar que nos estamos refiriendo a una zona henequenera históricamente determinada, por lo que es posible que en alguno de los 58 municipios (Mérida incluida) hoy en día ya se haya extinguido la producción de agave. En segundo lugar, queremos hacer notar que de aquí en adelante separaremos analíticamente a Mérida del conjunto de los otros 57 municipios, que llamaremos Región o Zona Henequenera, indiferentemente.

Durante varias décadas la actividad industrial henequenera representó más del 50% de la producción industrial de la entidad (Baños, 1977). Todavía en el año de 1965 la participación de las fibras duras fue mayoritaria, en los rubros de valor de la producción, capital invertido, personal ocupado, valor agregado y remuneraciones totales. En cambio, para 1980 únicamente aportó 25.6% del valor de la producción y brindó ocupación a 14.7% de la fuerza de trabajo del sector industrial (Villanueva, 1990:44). En el renglón de la producción agrícola pasó de 59.6% del valor de la producción en 1976 a solamente 18.3% en 1983. En consecuencia, la participación de la actividad henequenera en el Pro-



ducto Interno Bruto de la entidad pasó de 13.4% en 1970 a 5.9% en 1983 (Villanueva, 1990:48).

En efecto, la economía de la entidad ha cambiado de eje hacia el comercio, los servicios y otras industrias domésticas (Ramírez, 1991). Este desplazamiento de la base agraria de la estructura tradicional de la producción a una nueva base industrial urbana es lo que Quijano llama urbanización de la economía (Quijano, 1975). De acuerdo con los resultados de los Censos Económicos de 1989, el comercio es la principal actividad de la entidad, pues más de 55% de los negocios establecidos se dedican a las ventas, otro 29% ofrece servicios y solamente 12.7% a las manufacturas. En cuanto a la ocupación, el sector comercial y de servicios emplea a 48.5% de la Población Económicamente Activa (PEA), el sector agropecuario a 27% y el sector secundario a 24.5 por ciento. Y lo más importante, la ciudad de Mérida concentra 81% de la fuerza laboral no-agrícola de toda la entidad.

El principal escenario de la actividad económica ha sido Mérida y ahora más aún debido al declive de las actividades agropecuarias. A decir de un experto, entre 1940 y nuestros días, Mérida, la ciudad tradicional que floreció con el auge de la economía henequenera y que aún no rebasaba los cien mil habitantes, alcanzó un tamaño demográfico cinco y media veces mayor. Puede decirse que la década más explosiva fue la de 1970 a 1980 cuando alcanzó un crecimiento promedio anual superior a 6%, como se puede observar en el cuadro 1.

Este hecho, meramente cuantitativo, dice Bolio, es la expresión de un complejo y prolongado proceso de transformación económica, social

Cuadro 1

Población total de Yucatán y de Mérida 1950-1990

<i>Año</i>	<i>Yucatán</i>	<i>Mérida</i>	<i>%</i>	<i>Crecim. anual</i>
1950	516 899	142 858	27.6	
1960	614 049	170 834	27.8	1.80
1970	758 355	212 097	28.0	2.19
1980	1 063 733	400 142	37.6	6.55
1990	1 362 940	556 907	40.9	3.36

Fuente: cuadro núm. 2, en Jorge Bolio "Mérida: evolución reciente", *Gaceta Universitaria*, núm. 11, primavera de 1991, p. 7.

y físico-espacial, anudado en torno a la búsqueda permanente de actividades alternativas para la cada vez peor situación del mercado de las fibras duras (Bolio, 1991). En otras palabras, la política económica de desarrollo regional ha promovido de manera privilegiada la economía de la ciudad a través del turismo, las maquiladoras y otras industrias.

Del sistema henequenero al sistema urbano

En tanto no se produjo una polarización agrícola, o sea una zona de agricultura comercial —y esto duró casi tres siglos—, el control territorial e ideológico de las comunidades indígenas fueron los medios favoritos para ejercer el poder. Es decir, las comunidades indígenas guardaban una cierta autonomía económica frente a la ciudad, cuya exigencia principal era el tributo. Tal autonomía se fue perdiendo poco a poco en la medida que se extendió la propiedad privada y se desarrolló un sistema de trabajo tipo servil con rasgos esclavistas (Strickon, 1965:43-48).

La llamada guerra de castas, a mediados del siglo XIX, que abarcó principalmente el sur y oriente de la entidad, fue en realidad un levantamiento social contra el despojo que provocaba la agricultura comercial (la caña de azúcar). Esta guerra influyó para que la naciente agricultura del henequén para exportación se concentrara en los municipios que rodean a Mérida. De este modo, al iniciar el presente siglo coexisten dos regiones del todo diferenciadas: la de agricultura tradicional o milpera (sur y oriente de la entidad) y la región de agricultura comercial y henequenera (noreste).

Al consolidarse, en el último cuarto del siglo XIX, la hacienda henequenera provocó en primer lugar una mayor concentración de población en el área, y en segundo lugar impuso una cierta *ruralidad* (es decir, una forma de vida rural) y una relación campo-ciudad que no se alteraría grandemente sino hasta la década de los sesenta.

La hacienda henequenera dio pie a una nueva ruralidad, distinta a la de las comunidades indígenas. Antes, la organización económica y social comunitaria giraba en torno de la milpa y un sistema de jerarquías locales. Luego, la nueva *ruralidad* de las regiones dominadas por las haciendas se basó en relaciones de producción de tipo feudal. Es decir, descansaba en las siguientes circunstancias: monopolización de los activos productivos por parte de una pequeña clase de terratenientes (que decidía qué, cuándo y cuánto producir); una monoproducción dirigida hacia el mercado extranjero; inexistencia de mercado laboral interno vital y, en consecuencia, la utilización de un sistema de trabajo forzado; la ausencia de un mercado interno desarrollado para el consumo, y una

estructura de clases sociales agudamente asimétrica, que permitía una distribución del ingreso muy desigual (Joseph, 1992:108).

La vida social de estos trabajadores se desenvolvía en medio de férreos controles. Incluso los aldeanos que viajaban desde su comunidad a las plantaciones más cercanas, donde eran contratados como trabajadores temporales, quedaban encerrados en la hacienda —junto con los acasillados— durante toda la vigencia de su contrato (Joseph, 1992:99). Esta condición de encierro de la población trabajadora propiciaba una barrera estructural muy fuerte que no permitía el acceso de estos trabajadores a la ciudad y muchas veces ni siquiera a los poblados.

Como consecuencia, la vida social económica y política de las comunidades rurales en la zona henequenera era muy diferente de aquella donde las tierras de labor estaban en manos de campesinos libres, que subsistían —y subsisten hasta hoy— a partir del producto de su pedazo de tierra. Por ejemplo, en la zona maicera había una organización comunitaria autónoma, una movilidad libre, y la subsistencia siempre era —y es— un reto a la imaginación, a la sabiduría que la colectividad posee acerca del monte.

Con la expansión del henequén los campesinos no desaparecen, pero se les roba algo sumamente valioso: su iniciativa, su autonomía y su movilidad territorial. A menudo los hacendados se negaban a permitir que sus peones se casaran fuera del predio (Peniche, 1990). La combinación de una legislación agraria excluyente, de leyes laborales autoritarias y de cierta seguridad alimenticia garantizaron al hacendado que el campesino quedara envuelto por la rutina de la producción del agave y por el poder de los terratenientes.

La economía de las haciendas imponía ritmos a la vida rural en el agro henequenero, incluidos los pueblos cuyos trabajadores, aunque “libres” y temporales, no escapaban a su influencia.⁴ Así, la población de esta región sólo sabía hacer milpa y sembrar henequén; como dice Joseph, “en la asfixiante atmósfera de la agricultura de plantación en gran escala había escaso margen para cualquier otra actividad importante”.

Esta ruralidad en torno a las haciendas henequeneras ciertamente era mucho más compleja. Para los propósitos del presente análisis nos basta señalar aquellos rasgos que hacían que este “mundo rural” estuviera bastante separado del “mundo urbano”. Situación que prevaleció mucho tiempo después de 1915 cuando el gobierno revolucionario del general Salvador Alvarado decretara la desaparición del peonaje.

Cabe agregar que casi la totalidad de la fuerza de trabajo de las

⁴ “Sin tierras, o con muy pocas tierras, los aldeanos libres no podían escapar a la dominación de los grandes predios” (Joseph, 1992:110).

haciendas henequeneras estaba constituida por trabajadores mayas, que no hablaban español ni mucho menos sabían leer o escribir. Según Villa Rojas (1965:355), en 1950 63.8% de los habitantes de Yucatán eran hablantes en maya, aunque solamente 10% era monolingüe.

Durante más de un siglo de monocultura, Mérida y casi sesenta municipios circunvecinos dedicados a la producción de henequén constituyeron un sistema económico, no hay duda, pero no un sistema urbano como en la actualidad. La ciudad de Mérida era el centro comercial y financiero diferenciado por completo del conjunto, aunque carecía de una dinámica propia y dependía de la producción henequenera que se exportaba hacia Estados Unidos.

Naturalmente, como ya lo observaron varios autores, Mérida —que representa la cultura occidental— no sólo era un centro comercial, también ejercía una influencia cultural hacia las comunidades rurales portadoras de la cultura indígena, pero existía muy poca interacción entre los grupos sociales de ambos espacios.

La economía rural henequenera mantuvo una estrecha relación con la ciudad de Mérida por cuanto aquí se adquirían los principales bienes de consumo y era el centro receptor de la producción henequenera que luego se enviaba al exterior. A su vez, Mérida surtía a los pequeños comercios pueblerinos, pero eran dos mundos diferentes. Especialmente en lo que se refiere al ámbito laboral, ni la ciudad necesitaba de los trabajadores de las haciendas y pueblos, ni ellos sabían hacer algo útil en la planta productiva de la urbe. Los trabajadores urbanos y rurales mantenían identidades separadas y seguían destinos diferentes.

Por el lado de la producción, la relación campo-ciudad dentro de la región era, hasta cierto punto, pobre, pues el volumen de granos, verduras o legumbres que se comercializaba era muy poco significativo. En cuanto a los productos industrializados, se llevaban al campo a través de las tiendas de raya.

A pesar de las mutuas influencias señaladas, ciudad y campo constituían dos modos de organización de la vida social y en el aspecto económico la ciudad dependía de la producción del campo; éste, a su vez, dependía del mercado internacional del henequén. Mérida fue la ciudad colonial más importante de la península de Yucatán y asimismo fue una ciudad comercial, cumpliendo de este modo la segunda etapa del proceso que señala Singer para las ciudades latinoamericanas,⁵ pero no ha

⁵ Singer establece tres etapas en el desarrollo histórico de la ciudad latinoamericana: *a*) la ciudad colonial, como parásita del campo; *b*) la ciudad colonial que sigue siendo parásita del campo, pero comienza a adoptar una dinámica propia como centro cultural y comercial, y *c*) la ciudad industrial (Singer, 1975).

logrado convertirse —hasta hoy— en una ciudad industrial (Vera, 1990 y Ramírez, 1991).

Pauperización en el medio rural y en el nuevo sistema urbano

El viejo sistema henequenero entra en crisis desde la década del veinte cuando las áreas cultivadas de henequén comienzan a disminuir y con ello a escasear el trabajo para los miles de trabajadores concentrados en la región, al tiempo que los precios internacionales de la fibra tienden a la baja. Aun así la producción de henequén constituía el eje central del proceso económico, social e incluso político. La nueva relación campo-ciudad empieza a tomar fuerza cuando la crisis henequenera llega a niveles agudos en la década de 1960 y en ese lapso no surgen otros cultivos alternativos que tomen el lugar del agave.

El sistema económico henequenero de enclave comienza a sufrir lentas modificaciones a partir del reparto de los henequenales en 1937, pues entre los meridianos existía un desinterés casi absoluto por el “campo indio”. Además, los expeones que recibieron tierra ejidal quedaron sujetos a una administración estatal centralizada, de tutelaje, primero por el “Gran Ejido” hasta 1955 y más tarde por el Banco Nacional de Crédito Ejidal (Banrural), el Fondo de Apoyo a las Actividades Productivas de Yucatán (Faapy) y Desfibradora de Yucatán, S.A. (Desfityusa).

Paralelamente, se llevaron a cabo varios programas de alfabetización y de salud, se mejoraron las carreteras y las comunicaciones, todo lo cual daba pie a una nueva etapa de la ruralidad henequenera, basada en el marco de la reforma agraria y en una relación campo-ciudad todavía atada a la monocultura.

Los ejidos siguieron la inercia de los enclaves. El henequén controlado por el Estado continuó imponiendo tiempos y ritmo a la vida social, tanto en los pueblos de la zona como en la ciudad, hasta que su decadencia llegó a ciertos límites. Se pensó que el ejido colectivo era viable y por ahí el Estado inyectó el grueso de los recursos financieros para el desarrollo, con lo cual casi toda la organización social se acomodó a este esquema.

Al comenzar los años sesenta, la combinación de la crisis de la industria henequenera y el crecimiento demográfico generó una presión social tal sobre los ejidos que desató un forcejeo entre los ejidatarios por mejores salarios y el Estado por reducir los subsidios (Villanueva, 1985). Por la contracción de los créditos para el fomento de nuevos planteles y la consecuente reducción de las áreas cultivadas, los ejidatarios sólo conseguían en el ejido dos o tres días de trabajo a la semana, mal pagados.

Para muchos, su situación precaria llegó a tal punto que comenzaron a lanzarse con mayor frecuencia y regularidad a la ciudad en busca de empleo. No pocos se llevaron a la familia entera, dando lugar, como nunca antes, a una proliferación de asentamientos espontáneos en la periferia de la ciudad (Damián, 1986). De este modo, la antigua línea estructural de demarcación entre los espacios rurales y los urbanos, que había impuesto el esquema peoneril, se empieza a desdibujar hasta perderse por completo.

Las grandes movilizaciones campesinas de la década del sesenta así como las constantes migraciones son muy significativas, ya que expresaron claramente que el modelo económico surgido de la reforma agraria no representaba ninguna opción capaz de revertir el deterioro de las condiciones materiales de vida de los henequeneros (Villanueva, 1985).

Desde la década de 1950 se observa un flujo más directo y amplio de productos agrícolas y de hombres a la ciudad. El fenómeno de las migraciones laborales hacia Mérida (Villanueva, 1984; Baños, 1989 y Pacheco, 1991) reflejaba la configuración de una nueva ruralidad mucho más compleja que las anteriores y cuya característica más sobresaliente es la libre movilidad de la fuerza laboral pauperizada y sin opciones dentro del sector agrícola. Una ruralidad que se subordina al ritmo de la ciudad y no de la economía henequenera o de las políticas agrarias estatales.

Veamos algunos datos que dan cuenta de este proceso. En la zona henequenera, hasta el año de 1970, el cultivo del henequén era la actividad más importante en términos de ocupación (véase el cuadro 2); en cambio, para 1990 esta situación era un tanto diferente.

Entre 1970 y 1990 se produjo una diversificación de las actividades no-agrícolas, especialmente en los municipios cercanos a Mérida, como lo refleja el cuadro ya citado. Otros municipios que en 1990 tenían baja PEA agropecuaria (de 31-40%) fueron Acanceh, Chixchulub, Hunucmá, Ixil, Mochochá, Motul, Tekit, Uucú, Yaxkukul. Todos ellos a una distancia promedio de 30 kilómetros de Mérida. En el rango de 41-50% se encontraban: Chocholá, Dzemul, Hochtún, Muna, Seyé, Tahmek, Tecoh, Telchac Pueblo, todos a una distancia no mayor de 50 kilómetros de la capital. Ninguno de estos municipios contaba con más de 15 mil habitantes.

En el cuadro 3, referido a los tres sectores de la economía, puede observarse que la población de la región que dijo estar ocupada en la agricultura en el año de 1970 fue 76.8%, mientras que para 1980 se observó un cambio dramático disminuyendo a 47.2% y esta declinación continuó hasta llegar a 42% en 1990.

En poblaciones como Progreso, Kanasín y Umán las actividades agropecuarias pasaron a un lugar secundario. Kanasín, por ejemplo, de 74.3% PEA agrícola en 1970 pasó a 10.3% en 1990; Umán de 72.2% en

Cuadro 2

Distribución porcentual de la PEA en el Sector
primario de la zona henequenera* 1970-1990

Porcentaje	1970	1990
	Núm. municipios	Núm. municipios
10-20	—	2 (Kanasín y Umán)
21-30	1 (Progreso)	4 (Conkal, Progreso, Tixkokob, Tixpeual)
31-40	0	9
41-50	0	8
51-60	0	14
61-70	6	10
71-80	7	8
Más de 81	43	2
Totales	57	57

* No incluye Mérida.

Fuente: IX y XI Censos Generales de Población y Vivienda.

Cuadro 3

Distribución de la PEA en la zona henequenera* de Yucatán

Sector	1970	1980	1990
Primario	76.8	47.2	42
Secundario	7.8	12.3	24
Terciario	11.1	15.3	29.1
Actividades insuficientemente especificadas	4.3	25.2	4.9
Totales	100%	100%	100%

* No incluye Mérida.

1970 a 15% en 1990. De ahí que la expansión de Mérida en las últimas décadas sea no sólo cuantitativa sino también cualitativa. Tixpeual, Tixkokob, Conkal, Cauce, Ucu, Umán, Chocholá y otras muchas poblaciones, son, de hecho, periferias distantes de la ciudad.

Pero asimismo existen poblados henequeneros, como Tetiz, donde la PEA en la agricultura es todavía *aparentemente* muy alta, de 72.8%, en Halachó 62.4%; en Abalá 78.8%; en Kopomá 78.5%; en Maxcanú 70.6%; en Sacalum 66%; en Temax 74.5%; en Yobaín 70.4%, por ejemplo.

Aparentemente —porque la información del censo no refleja adecuadamente la realidad ya que gran parte de los que dijeron estar ocupados en la agricultura alternan dicha actividad con otra como asalariados— las más de las veces en la ciudad de Mérida o sus alrededores. De nuestra encuesta aplicada a 323 familias a finales de 1991, desprendemos que 30% de los trabajadores agrícolas tienen cotidianamente alguna actividad complementaria, como por ejemplo el urdido de hamacas, y 45% de ellos realiza otras actividades en forma discontinua o por temporadas a lo largo del año. Como veremos en seguida, esta situación se explica por la sencilla razón de que los ingresos provenientes de la agricultura son absolutamente insuficientes para hacer depender de ellos a la familia.

La información censal de 1990 correspondiente a los ingresos nos da una aproximación a la situación crítica de las familias rurales de la zona henequenera. En términos generales, la PEA ocupada en la agricultura no gana siquiera el equivalente a un salario mínimo. Veamos, en Abalá 76% de los trabajadores en la agricultura recibieron hasta 50% de un salario mínimo (SM), y otro 15% recibió más de 50% de un SM pero menos de uno; en Acanceh 73% dijo haber recibido un ingreso equivalente hasta 50% de un SM y otro 15% recibió más de 50% pero menos de un SM; en Cacalchén 78% y 11%; en Cuzamá 84.5% y 10%; en Dzemul 25% y 48%; en Tetis 42% y 25%; en Tixpehual 70% y 22.5 por ciento. Esta información pone de manifiesto que la agricultura, supuestamente la actividad principal de muchísima gente, brinda un ingreso bajísimo que no puede ser la base de la economía o reproducción económica de la familia.

Como consecuencia, 42% de la PEA que según el censo está ocupada en la agricultura no está todo el año en esa actividad; los ejidatarios se ven forzados a buscar una ocupación complementaria, la cual es muy variada y tiene que ver con la cercanía a la ciudad de Mérida, con la edad y escolaridad de cada individuo, con el ciclo familiar y con otras circunstancias a veces aleatorias.

Es evidente que los trabajadores tienden a moverse hacia los centros urbanos dentro de la misma zona y no sólo hacia Mérida. En la última década, en 10 municipios la población creció por encima del porcentaje alcanzado por Mérida.⁶ Mientras, por otra parte, en 28 municipios la tasa de crecimiento poblacional estuvo por debajo del ayuntamiento de Mérida e incluso en otros 15 se observó un crecimiento negativo. Destacan

⁶ La población de Mérida creció 31% entre 1980 y 1990, mientras que la observada en Acanceh fue de 41%; Halachó 43%; Kanasín 244%; Kopomá 129%; Mama 56%; Samahil 44%; Sotuta 45%; Tekit 57%; Timucuy 58% y Umán 127 por ciento.

Tepakán, que disminuyó 18.7%, Telchac Pueblo un 16.8%, Dzemul un 15.6 y Sinanché un 10.4 por ciento. Sólo en cuatro municipios se observó un porcentaje de crecimiento poblacional similar al de Mérida.

En su conjunto, la población de la zona henequenera en el periodo referido de 1980-1990 creció en 86 943 habitantes (25.7%) mientras que la PEA solamente aumentó en 3 999 personas (apenas 3.5 por ciento); muy lejos del promedio alcanzado por Mérida, que fue 23.6% para el mismo periodo.⁷ Incluso se observa un crecimiento negativo de la PEA en 38 municipios. Destacan: Dzoncahuich 42%; Teya con 39.4%; Tepakán, 39.5; Abalá, 38.9; Hochtún, 40.8%; Suma 37%; Dzemul 33.2% y Cansahcab con 32 por ciento.

Tal desproporción entre el aumento de la población y el de la PEA resulta un fenómeno difícil de explicar en un marco donde teóricamente las bajas percepciones por el henequén y los bajos salarios deberían hacer que aumente el trabajo familiar. No ocurre así porque muchos jóvenes en edad de trabajar migran, ya sea hacia la ciudad de Mérida o hacia otros puntos de la república, además de que el desempleo ha crecido brutalmente. O, en otras palabras, el empleo se ha estancado.

Por ramas de actividad, la PEA en 1990 se comportó de la siguiente manera: en agricultura y ganadería hubo una disminución de 4 276 ocupados, en la industria manufacturera hubo un aumento de 9 335, en la industria de la construcción de 5 079, en el comercio de 5 063, en el transporte de 1 030, en los servicios de 10 988 y en el renglón de insuficientemente especificado hubo una disminución de 23 220. De esta información podemos deducir que en realidad no hubo un aumento en la ocupación con respecto a 1980 sino una consolidación de la diversificación de las actividades no-agropecuarias.

Se puede decir entonces que en la década de 1970 cobra fuerza el proceso de urbanización en un doble sentido: la ciudad de Mérida, como ya se dijo, ha adquirido dinámica propia basada en la fortaleza de infraestructura de servicios con un alcance peninsular, se ha consolidado pues como ciudad-servicio y turística de primera importancia en el contexto regional (Fuentes, 1992); por otro lado, crece la concentración urbana y la ciudad estrecha sus relaciones con el agro, por la vía sobre todo de las migraciones laborales.

En la siguiente década, se extendieron tanto la mancha urbana como la urbanización, a tal grado que el fenómeno de metropolización se hizo más notorio por el intenso crecimiento de los transportes. Por su ritmo

⁷ Cercano al porcentaje de crecimiento de la PEA de Mérida sólo hubieron cuatro municipios: Halachó, Hunucmá, Mama y Timucuy. Por encima de dicho porcentaje, tres (Kanasín, Tekit y Umán) y por debajo 12. El resto (38) observó un crecimiento negativo.

de crecimiento hay que destacar dos municipios: Umán, cuya población pasó de 17 280 a 39 324 (127%), y Kanasín de 7 111 a 24 503 (244 por ciento); ambos están situados en la periferia de Mérida. Tal crecimiento puede ser atribuido a que la expansión urbana de Mérida se detuvo con el decreto Reservas Territoriales en 1984, que transfirió al gobierno los terrenos ejidales y con ello se restringió el acceso al suelo a los migrantes.

“Urbanización” de la economía familiar

Examinemos algunas estrategias económicas familiares que dan cuenta de esta intensa relación entre la ciudad y el campo. Según datos de nuestra encuesta en cinco comunidades diferentes, existe un promedio de 1.8 trabajadores por familia que comparte un presupuesto de comida, de los cuales 14% son del sexo femenino. Cuarenta por ciento de la fuerza laboral se emplea fuera de su propia comunidad y es Mérida el foco principal, pues atrae 29% de la fuerza laboral total.

Incluso en algunos casos, como Tixpeual, esta proporción es superior al 50 por ciento. Muchos de ellos viajan diariamente. Como puede observarse, la mayor parte de los que se quedan en el poblado son adultos y mayores de 50 años ligados a la actividad agrícola y los pocos jóvenes mayormente se concentran en aquellas no agrícolas.

La ocupación principal de quienes se quedan en el poblado se distribuye de la siguiente manera: 60% ejidatarios (de ellos 25% son pensionados que reciben 105 mil pesos mensuales); 14% jornaleros; 9% trabajadores por cuenta propia; 12.4% obreros, albañiles y empleados y 4.6% en otras actividades no especificadas. La actividad de los que trabajan fuera del poblado en orden de importancia es la siguiente: 40% empleados (desde veladores hasta secretarías); 20% en el servicio doméstico; 19% obreros; 4% jornaleros; 4% albañiles; 4% choferes, y el restante 9% entre trabajadores por cuenta propia, técnicos, panaderos, choferes, profesionistas y pescadores (véase el cuadro 5).

El promedio de edad de los ejidatarios es de 51.6 años; desde hace más de una década no ingresan nuevos ejidatarios, por la sencilla razón de que el ejido se encuentra saturado. La de los jornaleros es de 35.1 años, mientras que en los empleados es de 25.8 años; la de las trabajadoras en el servicio doméstico de 23.1 años; de los albañiles de 26.6, y la de los cargadores de 26.2 años. La mayor parte de ellos son casados, incluidas las mujeres que por cultura se casan muy jóvenes. Todo lo anterior significa que los ejidatarios y los jornaleros son la fuerza laboral más arraigada a la comunidad pero además es muy difícil el empleo para ellos en la ciudad. De todos modos, son agentes importantes del sistema

Cuadro 4
Lugar de trabajo de la fuerza laboral de la zona henequenera

Poblado	Supoblado						No agrícola						Total	N	
	Agrícola			No agrícola			Agrícola			No agrícola					
	Joven		Mayores	Joven		Mayores	Joven		Mayores	Joven		Mayores			
H	M	H	M	H	M	H	M	H	M	H	M	H	M	M	
Tixpehual	2		4		14		6	2	2	8		2			38
Cacalchén	3		53		37		10	4	4	6		1		1	115
Dzemul	6		18		28		2	1	2	2	3	4		2	66
Tetz	9		23		19		11	2	2	8	2	4			78
Cuzamá	3		24		11		1	2	2	2	3	2			48
Total	23		122		109		30	11	11	26	8	13	3		345
Médica															
Tixpehual							8	6	6	22	2			1	38
Cacalchén							28	13	18	7	7	1			68
Dzemul							4	4	4	3					12
Tetz			1				4	8	8	1	1				22
Cuzamá							13	7	7	6	1				27
Total			1				57	38	38	57	11	2	1		167

		Cancún									
Tixpehual				2	2						4
Cacalchén			3					1			4
Dzemul			1	1							2
Tetziz			1								-
Cuzamá											1
Total			5	3	2	1					11
Otras ciudades											
Tixpehual	6	2							1		9
Cacalchén	1		1		6						8
Dzemul		1	2		6			1			10
Tetziz		1			7	1					15
Cuzamá		1			4			2			8
Total	7	5	2		23	1		3			50
<p>Joven: 17-25 años. Adulto: 26-50 años. Mayores: 51 en adelante. Fuente: Encuesta 1991.</p>											

metropolitano pues refuerzan la economía familiar, con bienes de subsistencia, lo cual permite que los jóvenes acudan a la ciudad con el fin de ganar un salario, casi siempre bajísimo.

En cuanto a su organización económica en torno a un gasto de comida, registramos 193 familias nucleares, de las cuales 32 están compuestas por tres individuos y 114 por un núcleo de cuatro a seis personas; 33 familias nucleares incompletas y 97 familias compuestas, lo que quiere decir de cada tres familias casi una es compuesta. La cooperación de diversa índole entre ellos es un factor clave que permite que sobrevivan con esas bajísimas percepciones que ya se señalaron tanto para la agricultura como en el mercado laboral.

Incluso la división del trabajo está cambiando; tomamos conocimiento de varios casos donde es la mujer casada joven la que va a trabajar diariamente a la ciudad en el servicio doméstico, mientras el esposo cuida a sus niños pequeños. En el cuadro 4 se puede observar que la participación laboral de las mujeres pertenecientes a la nueva generación es creciente, tanto en el poblado como en Mérida. Ellas ganan entre 20 y 25 mil pesos diarios, un poco más de dinero que sus maridos pues es más del salario mínimo, y no pagan alimentos.

Todas estas familias encuestadas se caracterizan por su marcada dependencia del trabajo asalariado. Sólo en 103 de ellas se hace milpa y casi siempre se trata de una milpa raquílica, de alrededor de 25 mecates (el equivalente de una hectárea). La milpa en Yucatán presenta características muy peculiares, difíciles por el tipo de suelo calcáreo que predomina. Así, ella es una suerte de autoempleo para los trabajadores adultos y mayores que probablemente ya hubiera desaparecido o se vería mucho más reducida si no fuera por los programas de estímulo, como el Pronasol.

En medio de esa precariedad el núcleo familiar henequenero lleva a cabo las más variadas actividades de autosubsistencia que incluye huertos, milpa, crianza de animales domésticos, bordado y muchas otras actividades artesanales.

El sistema metropolitano Mérida-zona henequenera beneficia obviamente a la ciudad,⁸ y está basado en la existencia de una fuerza labo-

⁸ Mérida, de hecho, se ha convertido en un gran centro urbano estructurante de la vida económica pero también social, reforzado por los medios masivos de comunicación. Éste es, por lo demás, un fenómeno bastante generalizado en todo el país, con tiempos y modalidades específicas en cada región. La etapa de industrialización por sustitución de importaciones iniciada en los años cuarenta alteró significativamente la composición y estructura de los sectores económicos al generar transferencias masivas de mano de obra del sector rural hacia los sectores urbanos. Sin embargo, debido a las limitaciones que el tipo de tecnología impuso a las nacientes industrias manufactureras, la mayor parte de la población trabajadora que emigró del sector agrícola hacia las ciuda-

ral pauperizada y que no encuentra salidas viables desde el punto de vista agrícola o pecuario. Los residentes en la zona henequenera compiten junto con miles de hombres y mujeres recién migrados —y a veces ni tan recientes— para conseguir empleos apenas remunerados con el salario mínimo, como son el bacheo y limpieza de la ciudad; se emplean en el ramo de la construcción; se dedican al comercio ambulante y a los servicios para sobrevivir.

A pesar de la dura competencia, al no encontrar oportunidades en su medio, la fuerza laboral rural se lanza en busca de empleo a la ciudad, sobre todo los jóvenes. La mayor parte de las veces en condiciones francamente desgastantes, pues tienen que viajar diariamente una hora o más y consumen en pasajes y alimentos hasta dos terceras partes de su ya de por sí bajo salario, que raras veces excede del mínimo.

En Cacalchén la rutina de un trabajador es levantarse muy temprano —alrededor de las cinco de la mañana— para desayunar y así llevar algo en el estómago y partir con un *lunch* bajo el brazo para evitar más gastos en comidas. Termina su jornada entre las cinco y seis de la tarde y a esa hora emprende su regreso a casa, de tal forma que va llegando a su casa alrededor de las ocho o nueve de la noche. Este trabajador gasta así un promedio de 7 mil 500 pesos diarios, el 55% de su ingreso (el salario mínimo). En la mayoría de los casos el trabajo es eventual o fuera de una relación laboral legal, es decir, no gozan de prestación social alguna. Pero no tiene otra opción. Si se queda en su comunidad con seguridad no ganaría los 30 o 40 mil pesos netos que le quedan a la semana por su desgastante rutina hacia la ciudad de Mérida.

Invariablemente los jóvenes trabajan en actividades no agrícolas y un alto porcentaje de ellos fuera de su poblado. Todo lo cual nos indica que la familia ya no se organiza en torno al proceso productivo del henequén, que va de salida, ni mucho menos de la milpa por la baja productividad a causa de los montes bajos, sino del trabajo asalariado aunque los adultos —como se dijo— no dejan de hacer una agricultura complementaria.

La organización de las familias o unidades domésticas de la zona parece adaptarse a esta condición de ganar poco dinero a partir de su actividad agrícola y, peor todavía, trabajando en Mérida. Se organizan

des no pudo emplearse en la industria, sino en los crecientes servicios que la propia urbanización demandaba. Se propició así un fenómeno observable en toda América Latina: se aceleró el proceso de urbanización transformando nuestra sociedad en urbana, pero no en una industrializada como se deseaba (José Jesús Sosa López, "Desarrollo económico y concentración urbana en América Latina", *Comercio Exterior*, vol. 39, núm. 9, septiembre de 1989).

para sobrevivir y no para producir, por lo tanto, son más parte de un sistema urbano que de uno agrícola.

Conclusiones

Pensamos que la zona henequenera debe ser vista como parte de un complejo urbano Mérida-zona henequenera; en buena medida es ya un espacio residencial de la fuerza laboral de la ciudad. Las condiciones tanto económicas como ideológicas convergen y hacen que la ciudad imponga tiempos y ritmo a la vida de sus habitantes.

Las migraciones laborales que alimentan el nuevo sistema metropolitano deben ser estudiadas en todas sus modalidades, pues reflejan problemáticas de distinta naturaleza; a modo de ejemplo se señalarán tres de éstas:

1) Desde el punto de vista del desarrollo regional se observa un centralismo muy fuerte en Mérida, por cuanto concentra más de 80% de las actividades no-agrícolas, de las cuales la mayor parte son el comercio y los servicios. Sectores como el de la construcción son igualmente importantes en tanto generadores de empleo para la fuerza laboral del agro henequenero. Esto significa, por otra parte, que los mejores hombres de la comunidad rural vierten su energía social en el medio urbano. No se mudan en forma definitiva porque sencillamente la ciudad les resulta demasiado cara.

Esta interacción multidimensional del medio urbano con las comunidades rurales henequeneras conforman un sistema económico regional frágil. Útil a los intereses creados, pero sin capacidad de generar un verdadero desarrollo, que serían oportunidades reales para que los trabajadores puedan superar su situación económica actual. La oferta cuantiosa de mano de obra barata crea un círculo vicioso que reproduce la marginación y la pobreza.

2) Por otro lado, esta dualidad económica y social que vive la fuerza laboral henequenera no le permite tener una identidad ni campesina ni obrera. Integrados al campo por casualidad (porque ahí nacieron) y a la ciudad por necesidad, carecen de voz y fuerza en ambas esferas. Han perdido su identidad histórica y sin ella carecen igualmente de fuerza política capaz de darle un curso distinto, en su favor, a la inercia económica. Tal conflicto de identidad es más poderoso de lo que muchos imaginan, capaz de influir en la suerte de los planes productivos.

Mirar al campo desde la ciudad es todavía un reto. Por desgracia, la investigación urbana en México ha nacido de manera tardía en comparación con otras disciplinas: mucho después del surgimiento de materias

tradicionales como la historia o el derecho, pero también después de otras más recientes como la antropología o la economía. La investigación urbana surge casi al mismo tiempo que la demografía, que ya es tardía (Bataillon, 1983:151). Desde luego en esto influyó el carácter estructural de nuestro país, que fuera hasta hace apenas unas tres décadas atrás principalmente rural. Pienso que un enfoque urbanístico crítico que trate de establecer las interacciones entre los espacios rurales y urbanos puede ayudar a reorientar la política equivocada hacia el campo, como ha sido el caso de Yucatán. En defensa de la ciudad, para regular su crecimiento, debería fortalecerse integralmente a la comunidad rural.

A menudo, el estado ordena la elaboración de planes y estudios para frenar la pobreza rural, pero al mismo tiempo no cuestiona los mecanismos de subcoordinación urbana. Por ejemplo, hubiera resultado mucho más barato y provechoso instalar el parque de maquiladoras en las áreas donde abunda la mano de obra y se requiere el empleo que donde las instalaron, en el llamado corredor de las industrias no contaminantes. Este tipo de planes, que abundan, lo que hacen es reforzar el centralismo de la ciudad.

3) Quiero señalar, por último, un aspecto subjetivo que los planificadores del desarrollo regional no toman en cuenta pero que, desde mi punto de vista, es importante: las aspiraciones sociales de la gente del campo.

Existe una diferencia entre lo que se hace por necesidad y lo que se haría por convicción. Mediante charlas informales y en confianza con los pobladores de la zona henequenera, uno puede percibir que para ellos el trabajo en la ciudad es más digno, tiene más porvenir que el trabajo en el campo. Creo que esa percepción es justa; 55 años de frustraciones, de fracasos experimentados por el ejido colectivo, son más que suficientes para estar desilusionados de su suerte en el agro. No quieren que sus hijos caigan en la misma trampa. La ciudad no es precisamente una opción, pero al menos es un escenario más abierto.

Si no se abandona la estrategia de desarrollo seguida en favor de otra más equilibrada, se puede anticipar que continuará la progresiva depauperización de la vida rural en todos sus sentidos.

Recibido en agosto de 1992
Revisado en octubre de 1992

Correspondencia: Calle 54 núm. 478 x 55 y 57/Mérida, Yucatán/ C.P. 97000.

Bibliografía

- Aguilar Camín, Héctor (1991), *Después del milagro*, México, Cal y Arena.
- Baños Ramírez, Othón (1989), *Yucatán, ejidos sin campesinos*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán.
- _____ (1979), *El proceso de industrialización en Yucatán hasta 1970*, tesis de licenciatura en economía, Mérida, Universidad de Yucatán.
- Bataillon, Claude (1983), "Dos décadas de investigación urbana en México: análisis crítico y perspectivas", en *Estudios Sociológicos*, vol. 1 núm. 1, enero-abril.
- Bolio Osés, Jorge (1991), "Mérida: evolución reciente", en *Gaceta Universitaria*, núm. 11, primavera.
- Castells, Manuel (1978), *La cuestión urbana*, México, Siglo XXI Editores.
- Castilla, Beatriz (1984), "Estructura ocupacional en el área urbana de Mérida", en Francisco Anda Vela (comp.), *Capitalismo y vida rural en Yucatán*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán.
- Damián Centeno, Doremilia (1986), *Los migrantes pobres de la ciudad de Mérida*, Mérida, tesis de licenciatura en ciencias antropológicas, Universidad Autónoma de Yucatán.
- Eastmond, Amarella (1991), "Modernización agrícola y movilidad social hacia arriba en el sur de Yucatán", en *Nueva Antropología*, vol. XI, núm. 39.
- Fuentes Gómez, José H. (1992), "Mérida. La ciudad actual y la ciudad en perspectiva", *Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán*, núm. 182, julio-septiembre.
- Joseph, Gilbert M. (1992), *Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos 1880-1924*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Macossay Vallado, Mauricio (1988), *La agroindustria henequenera yucateca. Una visión global*, Mérida, Universidad Autónoma de Chapingo, Centro Regional Península de Yucatán.
- _____ y María Eugenia Castillo B. (1986), *Telchac Pueblo: una comunidad henequenera*, Chapingo, Universidad Autónoma de Chapingo.
- Negrete Salas, María Eugenia y Héctor Salazar Sánchez (1986), "Zonas metropolitanas en México, 1980", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 1, núm. 1, enero-abril.
- Pacheco Castro, Jorge (1991), "La migración como alternativa", *Gaceta Universitaria*, núm. 11, primavera.
- Peniche, Piedad (1990), "Mujeres, intercambios matrimoniales y esclavitud durante el porfiriato, 1880-1900", en Othón Baños Ramírez, *Sociedad, estructura agraria y Estado en Yucatán*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán.
- Quesnel, André y Susana Lerner (1989), "El espacio familiar en la reproducción social: grupos domésticos residenciales y grupos de interacción", en Orlandina de Oliveira, Marielle Pepin Lehalleur y Vania Salles (comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, UNAM/Miguel Ángel Porrúa/El Colegio de México.
- Quijano, Aníbal (1975), "Urbanización y tendencias de cambio en la sociedad

- rural latinoamericana”, en Luis Unikel y Andrés Necochea (comps.), *Desarrollo urbano y regional en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ramírez, Luis Alfonso (1991), “Empresarios y monopolios regionales. El escenario de la industrialización en Yucatán”, *Argumentos*, núm. 14, diciembre.
- Redfield, Robert (1941), *The Folk Culture of Yucatán*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press.
- Singer, Paul I. (1975), “Campo y ciudad en el contexto histórico latinoamericano”, en Luis Unikel y Andrés Necochea (comps.), *Desarrollo urbano y regional en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Strickon, Arnold (1965), “Hacienda and Plantation in Yucatán”, *América Indígena*, vol. XXV, núm. 1, enero.
- Vera Pren, Tomás (1984), “La industria cordelera paraestatal frente al auge de la década de los setenta”, en Francisco Anda Vela (comp.), *Capitalismo y vida rural en Yucatán*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán.
- ____ (1990), “Las transformaciones de la estructura socioeconómica de Yucatán en el contexto del desarrollo capitalista del sureste a partir de la posguerra”, en Othón Baños Ramírez (comp.), *Sociedad, estructura agraria y Estado en Yucatán*, Universidad Autónoma de Yucatán.
- Villa Rojas, Alfonso (1965), “Patrones culturales mayas antiguos y modernos en las comunidades contemporáneas de Yucatán”, *América Indígena*, vol. XXV, núm. 2.
- Villanueva Mukul, Eric (coord.) (1990), *El henequén en Yucatán. Industria, mercado y campesinos*, Mérida, Maldonado Editores.
- ____ (1985), *Crisis henequenera y movimientos campesinos en Yucatán 1966-1983*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- ____ (1984), “Economía campesina y trabajo asalariado en la zona henequenera de Yucatán”, en Francisco Anda Vela (comp.), *Capitalismo y vida rural en Yucatán*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán.